

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

## DIOS EN LA CRISTIANDAD

COMO EL PAPA EN EL VATICANO.

La violenta situacion de Roma se va prolongando, sin que se le fije término ni se trasluzca desenlace. El *derecho* acorralado, inerme, sostenido únicamente por su intrínseca fuerza y por el sentimiento moral de los pueblos, en frente del *hecho* victorioso, reconocido, no enfrenado por conciencia propia ni por poder ageno, sino por una mano invisible que le impide consumir el atentado; el despojado inmóvil, manso ante los ultrajes, sereno ante los peligros, inflexible ante deshonrosos acomodamientos, y rigiendo todavía desde su encierro los espíritus desde una á otra estremidad del orbe, en contraposicion con el despojador inquieto, sombrío, entrando y saliendo sin reposo, no acertando á permanecer tres dias seguidos en la corte que calificaban de indispensable á la unidad de Italia y á la grandeza de su rey, tan impotente para sofocar los perennes homenajes de amor y fidelidad que por turno confluyen ácia su prisionero, como para contener las impacencias de la revolucion á la cual sirve de instrumento: ved ahí el dualismo que en medio de la indiferencia de los gobiernos, que á entrambos cortejan y felicitan y cerca de uno y otro tienen acreditados sus embajadores, se mantiene ya diez y seis meses hace, y no veo razon para que no pueda durar otros tantos. ¿Quién sucumbirá primero? ¿Cederá el papa?

no puede ser. ¿Huirá? seguirá adonde quiera la adhesion y la obediencia de los fieles, la supremacia, la magestad, el alma de Roma, porque lo que vale la ciudad sin el pontífice se vió ya durante setenta y dos años en el siglo XIV, aun permaneciéndole súbdita, cuanto mas usurpada. ¿Terminará Pio IX su larga y providencial carrera? le reemplazará otro con el mismo espíritu, con la misma autoridad. Por otro lado no soltará voluntariamente su presa el infeliz rey del Piamonte, ni le obligará á soltarla ya la connivente diplomacia puesta en manos de enemigos natos ó hijos apóstatas de la Iglesia, ni se lo consentiría aunque él quisiera el poder incontrastable y misterioso que le empuja siempre adelante cortándole la retirada.

Para convencerse de que esta no es una pasagera crisis, simple efecto de la ambicion de un hombre ó de la veleidad de un pueblo, á favor de circunstancias eventuales de momentáneo desequilibrio y perturbacion general, basta fijar la consideracion en las tristes analogías que presenta con el estado moral y religioso del mundo civilizado y con la direccion constante que se imprime á las instituciones y á las costumbres. Yo descubro en el cautiverio del pontífice decorado con la apariencia de omnimoda libertad, en los brillantes obsequios y manifestaciones que se le permite recibir de puertas adentro sin perjuicio de apuntar el fusil al que asome por fuera la cabeza, en las *garantías* que se le ofrecen, en

la solicitud que se afecta de aliviarle de los cuidados temporales para poner mas alta su jurisdiccion espiritual, descubro una imágen viva de lo que se hace ó se intenta hacer con la religion, con la Iglesia, con Dios en los estados y en las sociedades. En el papa despojado y recluso veo la personificacion de Cristo, á quien la que ayer todavía ¡oh dolor! se llamaba *cristiandad*, y en sustitucion de cuyo nombre habrá que inventar otro para espresar en adelante el conjunto de naciones cultas, hoy desposee y rechaza de su seno, circunscribiendo su dominio cuando mas al recinto del santuario. Verdaderamente que hoy en la persecucion, como siempre en sus elevadas funciones, es el papa vicario y representante de Cristo sobre la tierra!

¿Qué otra cosa significa, sino el destronamiento del Rey de los siglos, el ateismo de la ley sentado por base constitutiva de los códigos modernos, fuera de la cual todo se califica con el apodo de *teocracia* puesto al nivel de lo mas odioso y absurdo? ¿Qué significa ese olvido, ese desden sistemático, ese prurito de contrariar y herir en las disposiciones civiles los preceptos divinos y los cánones eclesiásticos, y de borrar no solamente de los actos públicos sino de los mas solemnes trances de la vida privada, del nacimiento, del consorcio, de la muerte, el sello de las augustas creencias que profesan los individuos y que reconoce por suyas la nacion? ¿Qué significa esa inquieta suspicacia de los gobiernos contra la Iglesia, tan imbécil en época de rebelion é incredulidad, como ignoble en los dias de su mayor infortunio, tratándola de invasora cuando es por todos lados invadida, y formando causa comun para oprimirla, ya que no aspiran á aniquilarla, con los enemigos de todo poder y autoridad? Esa separacion que se proclama entre ella y el estado, esa independencia con que se le brinda, esa distincion que se establece entre el ascendiente individual del catolicismo colmándolo de elogios y su influencia social y política estirpándola como ominosa á los pueblos, ¿no es el mismo deslinde que á orillas del Tiber se ensaya entre el reino temporal y la espiritual soberanía de

la santa sede, entre la secularizada Roma y la sacerdotal ciudad Leonina, entre los insultos y clamores de muerte que á un lado del rio se consienten ó se azuzan y las ovaciones y homenajes que al otro lado se hace alarde de tolerar y aun de proteger? De nacion en nacion y de corte en corte, lo mismo que en aquella, no hay trono que no se haya vuelto revolucionario por sancion cuando no por origen, por simpatía cuando no por interés; no hay capitolio que no renazca al paganismo; no hay foro que no se abra á la impiedad y á la blasfemia; no hay templo que no se convierta en cercado Vaticano, donde só condicion de no salir á la calle, pueda recibir á sus devotos el divino legislador relegado de la ley, el libertador escelso declarado peligroso para la libertad, el civilizador inmortal dado por impotente y caduco á vista de cuanto posee nuestra civilizacion de bueno y grande y verdadero, todo brotado del pié de la cruz con mas ó menos tardío desarrollo.

Para trazar la línea divisoria, se ha suscitado oposicion inconciliable; para dirimir competencias, se ha creido mejor que regular el equilibrio aniquilar una de las dos fuerzas. De la manera que las atribuciones de pontífice y soberano se reunian en una misma persona sin embarazarse jamás ni confundirse aun en medio de ambiciosas luchas y contrapuestos intereses, así corrian paralelos en todo estado regidos por distintas leyes y autoridades el órden civil y el religioso, derivados ambos de una sola fuente, de la fuente brotada de Dios mismo, que el evangelio vino á depurar de tanto cieno de errores y pasiones, y cuyas aguas, cualquiera sea la forma y el material del cauce que los hombres en uso de su facultad les fabriquen, son las únicas capaces de vivificar la humanidad. Pero los políticos se han empeñado en abrirse manantiales nuevos y en remover el suelo cavando pozos, que no son sino otras tantas simas donde se pierde y abisma el raudal inagotable que ha manado para tantas generaciones y que mas ó menos aprovechado no dejará de manar. Han buscado al poder otra base, véase con qué firmeza! han inventado otra teoría del derecho, véase

con qué justicia! han marcado á la libertad otra inspiracion y guia, véase con qué concierto! Y los pueblos siguen á sus gobernantes, y á las instituciones acaban por modelarse las costumbres, prevaleciendo sobre la moral cristiana una moral facticia, convencional, indefinible, sin sancion y sin fijeza, que en vez de encadenar el alvedrío, es arrastrada por él adonde le place ó le conviene. El hogar doméstico es para muchos otro Vaticano en el cual creen ha de encerrarse el Dios de sus padres, venerado en silencio, pero sin jurisdiccion alguna en lo exterior donde manda sin reserva el *príncipe del siglo*, y cuya ley, dado que íntimamente obligue en lo que concierne al alma y á la otra vida, debe dejarse en casa como traje sin uso en las relaciones públicas y sociales.

Mas este incompatible dualismo al cabo ha de terminar; rarísimos serán, si hay alguno, que juzguen posible su ilimitada prolongacion, y menos los que de buena fé la deseen. ¿Abundan acaso los sinceros católicos, que acatando por gefe de la Iglesia al pontífice, no giman por su opresion, no anhelan su restablecimiento en el dominio temporal, no reconozcan este mas indispensable que nunca para el libre ejercicio de sus mas augustas atribuciones? pues tampoco son muchos mas en el dia los creyentes que aplaudan esa segregacion hostil de lo político y lo religioso, esa humanizacion de la sociedad y del estado, esa desconfianza y animosidad con protestas de respeto; ni son muchos ya los que admitiendo á Cristo sin Iglesia ni á Dios sin Cristo, hagan hincapié en la rápida pendiente que media desde la doctrina católica hasta el ateísmo. Todos pues los que reverenciamos á Pio IX por papa, no queremos, no podemos ser indiferentes á su despojo, á su prision, á su destierro como rey; todos los verdaderos adoradores del Crucificado no debemos, no queremos consentir en que se limite á los templos su culto, que se borre civil y juridicamente su nombre, que se declare del dominio privado su moral. Sobre los enemigos de la Iglesia mas ó menos francos marchan á paso redoblado los enemigos de Dios y de la sociedad;

y sea que absorban y devoren á los primeros, sea que se entiendan y confederen entre sí, bien pronto no formarán mas que un solo ejército bajo una sola bandera de esterminio. Entonces no habrá disyuntiva: Roma entera habrá de volver al papa y la Europa á Jesucristo, sacándolos de su encierro y devolviéndoles la usurpada autoridad; ó la catástrofe espantosa de la capital del orbe cristiano no será sino el preludio de las que á todas las demás por turno ha de llevar la revolucion anárquica y atea, abrasando tronos y altares en una misma pira.

Que las potencias entre tanto, grandes y pequeñas, alarguen como puedan su *modus vivendi* y su doble representacion: si los gobiernos juzgan no poder mostrarse *católicos*, nada nos impide serlo, no ya como individuos y como gefes de familia, sino tambien como ciudadanos. No ocultemos en el fondo del alma ni en un rincon del aposento nuestras creencias, llevémoslas á la vida pública y al cúmulo social que tanto de ellas necesitan, hagámoslas triunfar por cuantos medios legales se nos deparan; que derecho é interés tenemos en ser gobernados por Dios y segun Dios, y no con insignias de irrisoria soberanía por el capricho ó por la violencia de los hombres.

J. M. Q.

## TRABAJO.

Bendito sea el trabajo. A él le debemos todos los adelantos de la industria, todas las comodidades de la vida, todos los tesoros de la ciencia.

¿Quién trasforma en jardines los desiertos, en campos feraces los pantanos, en ricos emporios las ciudades? quién en frágil leño lleva á las mas ingratas playas la abundancia y el regalo? Solo el trabajo.

Con todo, el hombre no nace para el trabajo: nace para conocer y para amar.

Ni en el organismo de su cuerpo, ni en los instintos de su corazon, ni en los vuelos de su alma descubrimos el sello de un sér trabajador.

Su cuerpo es endeble como una planta, su corazon delicado como un aroma, su alma vaporosa como un perfume.

El trabajo le es al hombre repulsivo. Su frente levantada al cielo no se inclina á la tierra sino penosamente y goteando gotas de sudor.

Pero ved ahí un misterio. El trabajo debería entorpecer su cuerpo, y le dá agilidad, soltura y desarrollo: debería endurecer su corazón, y adelgaza sus mas delicadas fibras, y las hace vibrar al soplo de los mas blandos afectos, á la manera que las cuerdas de una arpa vibran al soplo de los céfiros: debería enervar el brío del alma, y el alma, como la paloma, robustece con el ejercicio sus alas y levanta su vuelo hasta perderse en el fondo azulado de los cielos.

Cuando miro al hombre, á ese rey de la creación, condenado á trabajar como un forzado, siento pena en el corazón, y las lágrimas ruedan silenciosas por mis mejillas; mas cuando le veo visitar las entrañas de la tierra, enseñorearse de la mar, encadenar los vientos y trasformar con sus maravillosos trabajos toda la haz del globo, siento serenarse mis ojos, y los vuelvo agradecido hácia aquel Padre que así castiga á sus hijos, dándoles en el mismo castigo la medicina de sus males.

«Bellas palabras y bellos sentimientos! dirá alguno; pero qué lástima que no sea verdad tanta belleza!

«Descended de esos edenes encantados donde os embriaga el néctar de la poesía, y buscadnos en la vida real esos tipos que soñais en vuestros dorados ensueños.

«¿Dónde, dónde están esos seres purificados, embalsamados y como divinizados por el trabajo?

«Yo no veo sino masas informes de estúpidos trabajadores.

«Atronados por el ruido de las fábricas y cegados por el humo del carbon, vejetan miles de seres escuálidos, hambrientos, encadenados á la rueda de aquella máquina de que vienen á ser meros apéndices.

«¿Decís que el trabajo robustece el cuerpo, purifica el corazón y vigoriza el espíritu? Decís muy bien.

«Pero yo busco al trabajador en su vivienda húmeda y mal sana, yo le examino envuelto en la mofética atmósfera que respira en la mina y en el taller; y en su aliento fatigado y en sus facciones contraídas me parece descubrir las huellas del trabajo, de esa zapa que socava el muro de su cuerpo.

«Yo estudio el corazón del obrero, y no hallo sino una urna cineraria, cenizas, frias cenizas... no arde en él la llama de un amor puro ni de una santa esperanza; ni siquiera la mano de la educación ha ve-

nido á suavizar sus duros contornos, rodeándolo de preceptos y consejos como de una corona de siemprevivas.

«Yo miro su alma: pobre alma! que no palpa sino linieblas, que no aspira sino á los goces mas groseros, que no remonta mas alto su vuelo que el humo de las chimeneas.

«Oh! muy fácil es cantar idilios al trabajo.

«Muy fácil es seguir el tardo paso de los bueyes, y sembrar en fecundo sulco el dorado grano.

«Muy fácil es tañer la zampoña pastoril al pié de la parra ó de la higuera, mientras pacen en derredor las mansas ovejas ó las cabras montaraces.

«Mas ¿cómo poetizar la vida del trabajador de nuestras ciudades?

«Él jura, reniega y maldice de su trabajo.

«Consume su escaso salario en el juego, en la embriaguez, en las mas brutales orgías.

«Maltrata á su muger y á sus hijos, que con hambrientos ademanes le piden un pan que las harpías se han comido.

«Asiste al club para aprender sus derechos, él que olvida todos sus deberes.

«Oh! habladle á este noble hijo del trabajo y de la virtud, habladle de los puros goces y sólidas ventajas de su vida.

«Le vereis torcer el ceño, y responderos con espasmódica voz: El trabajo es un látigo en manos del rico y una cadena en los piés del pobre.»

Por recargado que parezca el colorido de este cuadro, confieso que se descubre en él un fondo de verdad.

Lastimosa es por cierto la situación de las clases trabajadoras.

Al considerar las fatigas, las privaciones y angustias de esos hermanos desheredados, sentimos que la pena nos oprime el pecho y el rubor abrasa nuestras mejillas.

Pero, lo decimos con plena convicción, no es, no, el trabajo la causa de tantos males.

El hombre considerado como un animal productor, reducido á la clase de máquina, vendiendo en el mercado su sudor, sus fuerzas, su vida, es un sér desgraciado que cae [en manos de la codicia para que le chupe la sangre y lo arroje despues de inútil.

Ah! Este hombre no es el que cria naturaleza; no es el hijo de Dios á quien llamamos hermano.

No, no es así el amigable compañero de nuestros trabajos y fatigas.

No es así el amado prójimo que recibe agradecido un pedazo de pan en cambio de sus útiles servicios.

El trabajo es un campo que el hombre debe regar con gotas de sudor y no con gotas de sangre.

A esos á quienes el peso del trabajo no los encorva sino que los estruja, no los llameis trabajadores, llamadlos mas bien trabajados.

Entrañas de piedra tendria aquel que por vez primera consideró al hombre como una máquina, y que de la fuerza y robustez de sus brazos, que miró como palancas, hizo depender el valor de esta criatura inteligente.

Ojalá que esta falsa idea del trabajo no produjese otro mal que explotar el sudor de muchos en beneficio de unos pocos!

Ojalá que la flaqueza, los dolores físicos, la prematura muerte, fuesen los únicos frutos venenosos de ese abuso del trabajo!

Ojalá que los *redentores* del obrero no hubiesen secado en su alma y corazon el bálsamo que podia atemperar sus dolores!

Mas ¿quién habla al infeliz obrero palabras de resignacion y esperanza?

¿Quién le enseña y persuade la sumision á las leyes, el respeto á la autoridad y el agradecimiento á los ricos?

¿Quién desbasta su rudeza y suaviza sus costumbres y le inculca hábitos de sobriedad, de fortaleza, de probidad y honradez?

¿Quién le alarga una mano para levantarle del polvo, enjugar su sudor y sostener su vacilante paso?

¿Quién trata de hacer entrar una centella en el caos de su mente?

¿Quién se encarga de proteger al genio que aprisionado en la miseria pide solo espacio para estender sus brillantes alas?

Ah poderosos! ¿No nos direis que haceis vosotros en beneficio de esos obreros que bullen cual trabajadoras abejas en la gran colmena de los establecimientos fabriles?

Los que os comeis los dulces panales de su industria, ¿qué premio dais á su trabajo?

Ese puñado de monedas que les arrojais ¿podrá saciar el hambre de verdad y de justicia que fatiga su espíritu? El hombre no vive de solo pan.

Los señores de los antiguos castillos edificaban para el pueblo iglesias y abadías donde hallaba enseñanza, asilo, proteccion y consuelo; ¿qué casas de instruccion y beneficencia edifican hoy nuestros banqueros?

Esa beneficencia civil, reglamentaria y administrativa que el pueblo paga á tan subido precio, ¿podrá acostumbrarle á miraros como á sus bienhechores?

Mas, quizá nos quejamos de vicio, cuando pululan por todas partes *amigos y redentores* del obrero.

Estudiemos esa redencion estraña.

La primera idea de esos *sabios redentores* ha sido destruir.

Destruir los *obstáculos tradicionales* por un procedimiento muy sencillo.

El salvaje que en medio del bosque se encuentra un árbol cargado de fruto, intenta en vano trepar hasta sus ramas, y se queda mirando con estúpida mirada el codiciado tesoro.

De pronto salta de su tosca cabeza una idea sublime, como salta la chispa del pedernal.

Derribar el árbol para gozar de su fruto.

Esta es la idea que brotó en la cabeza de nuestros *civilizadores*: al fijar sus codiciosas miradas en el árbol de los bienes de la Iglesia que daba al pueblo amiga sombra y abundante mantenimiento, pensaron comerse en un dia el fruto de luengos siglos.

Han desaparecido de los ojos del pueblo aquellos santos asilos, donde el corazon del pobre se educaba al calor de sublimes creencias y de consoladoras esperanzas.

Ya no transitan por nuestras calles aquellos austeros religiosos, que con su voto de pobreza nos enseñaban la resignacion en la indigencia, que con su voto de obediencia nos persuadian el respeto á las autoridades, que con su voto de castidad predicaban la continencia y estrechaban los santos lazos de la familia.

Ahora el hijo del pueblo llama en vano á las puertas de ruinoso monasterio: ya no se abren aquellas puertas que en otro tiempo le daban entrada hasta el palacio de los reyes.

Dado este gran paso en la regeneracion del obrero, todo el restante camino ha seguido cómodo y descansado como por una pendiente.

Fácil ha sido romper todos los vínculos de amor y gratitud que le unian á sus amos, y hacérselos mirar como opresores.

Fácil ha sido alejarle de los templos, y hacerle odiar los sacerdotes que pudieran hablarle de resignacion y paciencia.

Fácil ha sido atraerle á esos cafés, cuyo rico mueblaje le hace detestar el pobre ajuar de su casa, cuyos generosos licores le hacen cobrar asco del mal vino que se sirve en su frugal mesa, y cuyas cantantes le hacen parecer menos agraciada y amable á su modesta esposa, á la madre de sus hijos.

Fácil ha sido trasformar el café en club, y deramar en las copas el veneno de criminales teorías que hacen subir el vértigo á las cabezas.

Fácil ha sido armar sus brazos, y llevarle á regar con su sangre nuestras mas hermosas ciudades.

Tambien á los gobiernos les ha sido fácil mover numerosas tropas, rodear de gente armada las capitales, y hacer que trabaje el obrero á vista de sus centinelas.

Así el obrero se ha convertido en presidario.

Ó modernos redentores, ó fogosos apóstoles de *justicia y libertad!* habeis sido desgraciados.

Gracias á vuestras *fecundas y civilizadoras* teorías, el orden social descansa hoy sobre la punta de las bayonetas.

Ah! sola la religion, que dá al alma creencias y al corazon virtudes, puede enseñarnos á coger dulces frutos de la amarga raiz del trabajo.

MIGUEL MAURA PRO.

## EL LADRON DE LO SUYO Y EL DUEÑO DE LO AGENO

Curioso es el siguiente episodio, trazado por la distinguida pluma del ilustre monseñor Nardi, y publicado en un periódico italiano.

«El jueves 7 de diciembre, vigilia de la Inmaculada Concepcion, dos gendarmes trepaban por el camino abierto que conduce al retiro ó monasterio de los camaldulenses, sobre las alturas de Frascati. Quien los hubiese visto con sus armas y su arreo, hubiera creído que iban en busca de los ladrones de que los campos están infestados. Llamaron en el monasterio, y preguntan si no hay allí un P. Arcángel superior general de la congregacion, y un P. Nicolás Carbonari de Sirolo, á quienes tienen la orden de arrestar. Contestóseles que el P. Arcángel falleciera habia cuatro años. Entonces dicen que quieren al otro, y como no lo encuentran, enseñan al superior las esposas de maniatar los reos y le amenazan con llevarlo si no se les entrega inmediatamente el P. Nicolás. Este se presenta entonces sonriendo y se declara pronto á seguirles, manifestando que el camino de la prision es ahora un honor. Se le echa pues la mano, y se le conduce primero al cuartel de Frascati, luego á Roma, y de allí á Perusa, vestido con su hábito venerable.

¿Cuál es el crimen de este hombre y del superior ya trasladado al cielo? Hélo aquí:

En 1861 reinaba Pépoli gloriosamente en Perusa, y á sus órdenes Gualterio. Pépoli dijo que de sobre la mas alta cima de los Apeninos, donde está situado el retiro de Monte Corona, los santos solitarios que lo habitaban, sin comunicacion alguna con el mundo, enviaban millones al Austria y tramaban una conspiracion en favor de Leopoldo de Toscana. Difícil era averiguar de dónde esos hombres modelo de pobreza sacaban esos millones, y cómo no viendo á nadie podían conspirar. Pero las cosas así eran, toda vez que Pépoli y Gualterio lo sabian. Las malas lenguas murmuraban que esos pobres ermitaños tenian la desgracia de poseer una vasta y magnífica granja que no les provenia de compra ni de donacion, sino que ellos y sus predecesores

á fuerza de trabajos, desmontando ingratos terrenos y haciendo plantaciones, habian adquirido la mas hermosa de nuestras montañas.

Era á fines de 1861. Pépoli expide orden de que jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, desalojasen inmediatamente el monasterio y la granja. Por un exceso de clemencia que difícilmente se apreciará, concede un plazo de tres dias. Dos de los religiosos vuelan á Turin y piden gracia á Cavour, el cual frio y despreciativo les responde: *Esas antiguallas deben desaparecer; yo debo marchar con el tiempo.* Pero el tiempo para Cavour habia acabado, pues al dia siguiente por la tarde el arrogante ministro caia herido de una apoplejía, y cuatro dias despues espiraba sin haber recobrado la palabra ni el sentido.

Los ermitaños tuvieron que abandonar su retiro, y llevando en brazos á sus enfermos, descendieron de la montaña en que habian jurado á Dios y á sí mismos terminar su vida en la oracion y en la paz. Unos se refugiaron en Sodi, otros en otras partes. El cillerero P. Nicolás se creyó autorizado para llevar algunos utensilios de cocina con que servir la comida á sus monges: el padre superior se creyó autorizado para llevar los libros de cuentas, que confió á un paisano. Ambos se fundaban en el principio de que cada uno puede hacer lo que bien le parezca de lo que es suyo, y que no roba quien sustrae á los ladrones lo que le pertenece. ¡Ojalá no lo hubieran hecho! No tardó en instruirse un proceso. El paisano depositario de los libros fué condenado á dos meses de prision, y los dos padres á tres años, «por haber ocultado objetos por valor de 500 francos en perjuicio del estado.»

El padre superior huyó, vino al retiro de Frascati cerca de Roma, y en mayo de 1866 Dios le llamó para darle una gloria que los gendarmes no pueden arrebatár. Habia nacido duque de San Martino en Nápoles, y siempre habia ocultado su alto nacimiento y sus virtudes aun mas elevadas bajo el velo de la humildad mas profunda. Quedaba el otro *ladron*, el P. Nicolás Carbonari de Sirolo que tambien habia huido, primeramente á Suiza, despues á Lyon, y mas tarde habia tomado el camino de Marsella y de Civitá-Vecchia para venir á Roma libre todavia.

Pasaba santamente la vida en su retiro de los Camaldulenses sobre las alturas que dominan la pequeña ciudad de Frascati, ignorando las cosas del mundo y creyéndose de este ignorado. Pero se equivocaba en tal creencia: las marmitas que habia llevado de Monte Corona para hacer la sopa á sus monges, no estaban olvidadas. Un vil hipócrita, colmado de beneficios por el monasterio, ha hecho el pape que se consideraba abominable antes de que Renan y Petrucelli lo glorificasen en Judas Iscariote.

En el momento en que escribimos, el venerable camaldulense está en Perusa entre ladrones y asesinos, hasta que llegue el dia de responder ante el tribunal de las *marmitas robadas* al estado hace diez años y medio. Lo que agrava su situacion, decian ante ayer dos representantes de la justicia, es haber *robado al estado*: si robase á particulares, la cosa valdria poco ó nada.

¡Oh estado, estado á quien los ermitaños camaldulenses robaron marmitas y sartenes por valor de quinientos francos! ¿No te parece que el monasterio de Monte Corona, su magnífico bosque y sus tierras cultivadas que valian dos millones y que tú has vendido en subasta por 400.000 francos,

alcanzan á indemnizarte de algunos utensilios de cocina? Yo sé, oh estado, que tú nunca robas á nadie, porque, segun tu doctrina, todo es tuyo: pero considera que esos pobres monjes obraban quizás de buena fe, que educados como estaban en esa antigualla del decálogo, vivian en la persuasion de que ellos mismos habian adquirido las marmitas, Dios sabe desde cuando.

Yo me chanco para escapar á las uñas del fisco; que á no ser esto, muy diferentes palabras correrian de mi pluma. Por lo demás, los hechos que acabo de referir, no merecen palabras humanas ni los castigan los hombres. Su represion es mas alta, mas terrible, y quiera Dios que solamente los culpables sean castigados y no el pais con ellos, el pais en que tan vergonzosos sacrilegios pueden consumarse impunemente.»

## CRÓNICA.

El papa disfruta de salud maravillosa, y cuantos han tenido estos últimos dias la dicha de verle de cerca, creen que se encuentra mucho mejor que otras veces. El viérnes 5 dió audiencia á una comision irlandesa encargada de presentarle un magnífico libro que contiene las firmas de mas de 200,000 señoras irlandesas, á cuyo frente resaltan los nombres de las familias principales de Irlanda. Esta diputacion se componia del colegio irlandés, de los dominicos de san Clemente, de los franciscanos de san Isidoro y de muchas notabilidades irlandesas que se encuentran en Roma. El libro está adornado con la hoja de trébol y la cruz irlandesa; todas sus páginas se hallan brillantemente iluminadas y escritas con letra irlandesa. Este tomo debió ser entregado á su santidad durante el jubileo pontificio; pero no estaba concluido, y fué anunciado al padre santo cuando monseñor Kirby tuvo el honor de entregar una cantidad de cerca de 100,000 francos en nombre de los católicos irlandeses. El gobierno italiano mandó secuestrar este maravilloso volúmen retenido en Florencia mas de seis semanas, y fué preciso recurrir á toda clase de medios para arrancarlo de sus garras.

En la audiencia leyéronse dos mensajes al padre santo: uno por una señora irlandesa, que es el que precede á las 200,000 firmas; el otro fué leído por monseñor Kirby rector del colegio irlandés.

Enseguida fué presentado al padre santo el magnífico libro, complaciéndose su santidad en abrirlo y admirar las bellezas y primorosos dibujos que contiene. El padre santo respondió á estos mensajes en términos que pueden resumirse en estas palabras:

«No necesitaba estos nuevos testimonios para apreciar el amor y adhesion de Irlanda á la cátedra de Pedro y al sumo pontífice. Siempre brilló Irlanda por su fé, y durante mi pontificado, sobre todo en estos últimos tiempos, me ha dado de ello magníficas pruebas, mostrándose generosa, no solo de su oro, sino de su sangre. No he olvidado el valor de los irlandeses en los campos de Castelfidardo y durante la invasion de 1860. Tambien corrió su sangre en las agresiones de 1867 y en los campos de Mentana como en las murallas de Roma. Pero si estas pruebas de amor y adhesion no son nuevas para mí, siempre son muy de mi agrado, y llegan oportunamente para ayudarme á defender sin tibieza los derechos de la justicia y de la verdad. Yo amo á Irlanda.

»¡Oh, bendita sea esa nacion! Que su apóstol san Patricio la proteja siempre y haga florecer en ella la unidad de la fé, de esa fé que fué siempre el sostén, el honor y la gloria de Irlanda! ¡Qué se os conserve siempre esa fé para que podais recojer sus dichosos frutos! Yo os bendigo aquí, á todos los presentes, yo bendigo á Irlanda, y deseo para

todos y particularmente para esas 200,000 señoras todo linaje de bendiciones! ¡Desciendan estas bendiciones sobre vosotros todos, no por cientos sino por miles! Y ahora, doblad la rodilla, porque voy á bendeciros. Que mi bendicion os sostenga en la tierra y os acompañe por toda la eternidad, á fin de que podais cantar en el cielo las glorias de nuestro Dios Redentor, y recibir allí la recompensa de vuestro amor y devocion.»

Despues bajó el padre santo de su trono y recorrió las filas del auditorio, dirigiendo á todos amorosas palabras y dando á cada uno á besar su mano. Concurrió á esta misma audiencia el cónsul de Francia que reside en Civitá-Vecchia.

El dia 7 del corriente presentáronse á la audiencia del papa seiscientas señoras transtiverinas, manifestándole en un magnífico mensaje su inalterable adhesion. El padre santo respondióles:

«Recibo con vivo placer estas pruebas de afecto del Transtevere para con la santa sede. Os recordaré un hecho ocurrido hace veinticuatro años. Hallábame en el Quirinal, cuando el cuartel de Transtevere, compuesto de excelentes y fieles romanos, vinieron á ofrecerme un gran ramo de flores que apenas podian sostener dos hombres. Hoy no venís á ofrecerme flores, sino lo que es mas apreciable, la espresion de vuestros corazones. Los buenos transtiverinos subieron á palacio, las transtiverinas se quedaron en la plaza; por manera, que para bendecirlas me adelanté á este lugar, PROFANADO HOY POR OTRAS MUJERES.

»Desde entonces conocí los sentimientos de los habitantes de Transtevere hácia el vicario de Jesucristo y el lazo indisoluble de afecto que los une con la santa sede. El príncipe que venia á la cabeza de aquellos hombres ha muerto; han muerto su hijo y su sobrino (el príncipe Corsini), el coronel que les acompañaba ha muerto, el cura de vuestra iglesia ha muerto tambien; y ciertamente muchos de los habitantes de aquel tiempo no existen ya. Y esto nos recuerda cuanto debe desprenderse nuestro corazon de esa tierra que uno ú otro dia debe dejarse. Nuestra mansion permanente no está aquí abajo: este es solo un lugar de tránsito y de prueba...

»Preguntais al papa cuándo terminarán los males que nos rodean. Meditad sobre las verdades que la Iglesia nos recuerda en estos dias, y vuestro corazon os responderá. En su humilde pesebre recibiria Jesucristo las ofrendas de los pobres pastores y de los opulentos reyes, y al mismo tiempo la cruel envidia de un soberano amenazaba su vida; pero el designio de la iniquidad no pudo triunfar, porque el sacrificio debia consumarse mas tarde sobre el Gólgota. Y el ángel del Señor avisa á José que se salve en Egipto. Pasan tres años, y reaparece el ángel para mandar á José que vuelva con el niño á Palestina, porque los que atentaban contra su vida todos habian muerto: *defuncti sunt enim qui querebant animam pueri*. El tirano habia muerto, y la sagrada familia pudo regresar salva á su patria.

»El mundo, queridas hijas, siempre fué hostil á Jesucristo y á su Iglesia, y les hizo siempre guerra. Pero la persecucion pasó siempre, y siempre triunfó la Iglesia inmortal. Los bárbaros emperadores que tanto empaparon de sangre las arenas del Circo ya no existen, y la Iglesia inmortal triunfó. Los incrédulos é impíos que la despojaron, insultaron y maltrataron de mil maneras, pasaron tambien, *defuncti sunt*, y la Iglesia permanece y permanecerá siempre, porque no hay fuerza ni sabiduria superiores al Señor. Sea esta la contestacion á vuestra pregunta: «¿Cuándo acabará esto?» El cuándo no lo sabemos; pero sabemos que lo anticiparemos con nuestras oraciones y con la rigurosa observancia de la ley de Dios.

»Madres, cuidad de vuestros hijos, ante todo. La hermana mayor vele por la hermana menor; el hermano por el hermano, por todos velen los padres. Recurrid á las piadosas damas que trabajan con tanto celo por el bien de la juventud; recurrid á vuestros guias espirituales, á vuestros párrocos. Unios todas á los piés de Jesucristo, y con constancia y firme confianza en él, esperad el momento de la divina misericordia. La Providencia os asistirá.

»Plegue al Señor que cese pronto este duro estado de

cosas para que podais volverme á ver en vuestras calles, sin que lo que se vé y se oye ahora aflija mi corazón. La bendición de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotras y permanezca en vuestras almas.»

El día 14 de enero festividad del *Nombre de Jesus*, cerca de 1,500 romanas de las parroquias de san Lorenzo *in Damaso*, de san Carlos *in Catinari*, de santa Catalina *della Rota*, de santa María de *Monticelli*, y otra, se estrechaban en el salón del consistorio. A un mensaje leído por la señora Menacci, contestó en estos términos el papa:

«Regocijome con vosotras por los sentimientos que me manifestais con sincero afecto. Si todos deseamos que desaparezcan las cosas presentes y caiga el telón de esta *repugnante representación*. No obstante, la festividad de hoy nos recuerda un pensamiento que debe aumentar nuestras esperanzas. En efecto, leemos en los Salmos: *Beatus cujus Deus adjutor ejus, spes ejus in Domino Deo ipsius*. Dichoso el hombre que pone su esperanza en el nombre del Señor, en este augusto nombre que hoy canta la Iglesia. Porque el nombre de Dios no es semejante al de los hombres, los cuales, quiéranlo ó nó, no pueden ayudarnos. Dios es infinitamente misericordioso, infinitamente justo, infinitamente poderoso. En su nombre fijamos pues nuestra esperanza, porque este nombre llena el cielo y la tierra, porque es loado por los ángeles y temido de los demonios, porque nada le resiste. *En vano aquí, en Roma, ha sido abatido y arrojado al suelo por no verlo más*; pues este acto sacrilego en nada ha destruido el infinito poder de este nombre. Invoquemosle incesantemente para que nuestra fé en sus promesas no se debilite, y apresuremos con nuestras oraciones la hora de sus misericordias.

«Y al dáros mi bendición, vuelva el Señor su rostro hacia vosotros, descienda á vuestras almas y os traiga los bienes que necesitais; que conceda paz á vuestras familias, os libre de la infidelidad, premie vuestros trabajos, os sostenga en la adversidad, os fortalezca contra los crecientes peligros y os ayude en el tránsito de esta vida á la eterna. Que me sostenga á mí mismo y dé eficacia á mis palabras, al bendeciros á los presentes y á los que os acompañan atraídos aquí por el deseo, y á todo el querido pueblo de esta ciudad de Roma. Concedános el llegar al término de nuestros males. Dios mio, ayudad á vuestro vicario; guiad mi mano y bendecid vos mismo á mi pueblo.»

Descúbranse algunos puntos negros en el horizonte de M. de Bismark, y esos puntos negros aparecen en dirección de Baviera y del Rin. El canciller prusiano está poco satisfecho de la ruidosa campaña emprendida por los viejos católicos bávaros y sus buenos amigos los fracones contra Roma y las decisiones del concilio Vaticano. Mr. de Bismark esperaba que surgiría un cisma, cuyo jefe sería el Sr. Döelinger, cisma que arrastrase á la mayoría de los quince millones de católicos del imperio y contrabalancease de esta suerte la influencia de Roma.

Todo esto ha fracasado, y el canciller se queja seriamente contra los que le habian prometido montes y maravillas con el auxilio de los viejos católicos. Verdaderamente nunca se habia visto en Alemania un fiasco tan caracterizado. Döelinger y sus adeptos se han cubierto de ridículo; han gastado inútilmente mucho tiempo y aun dinero, dinero prusiano, y su iglesia nacional está aun por hacer. Y no es que les haya faltado el brazo protector. Lo han tenido todo á su disposición, y en su auxilio ha venido la persecución.

A pesar de todo este aparato, el cisma tan deseado ha muerto en germen, y M. de Bismark habrá de inventar nuevos medios para molestar y fastidiar á los católicos que, dando al César lo que es del César, quieren sin embargo dar á Dios lo que es de Dios, y continuar en perfecta comunión de creencias, principios é ideas con el centro de la verdad infalible, la Iglesia romana y el pontificado.

## CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

Con la sencillez y naturalidad de un estilo que así desdeña pretenciosos adornos como evita rasírras vulgaridades, con ese don de la palabra que fluye siempre igual y no se atasca nunca en las dificultades de la improvisación, dirigió la suya á los asociados el Pro. D. Miguel Coll, desenvolviendo una serie de ideas y reflexiones no impropias de aquel sitio ni de quien tan acostumbrado se halla al ministerio de la predicación evangélica. Oportunas en todos tiempos, mal pudiera decirse que no lo fuesen en las críticas circunstancias de los que atravesamos. Achaque común á todas las épocas ha sido el quejarse de los males peculiares de aquella en que se vive, siendo como es muy natural que nos parezca sobrado dura la carga que nós abruma y tengamos por más ligera la que nunca hemos llevado. Pero este error, que procede del amor propio herido y de la falta de resignación y paciencia, se desvanece poniendo en parangón las tribulaciones presentes con las pasadas, y se descubre lo que hay en esta murmuración de vicioso y poco cristiano. Tibia se es la de aquellos que se asustan y acobardan ante los peligros y contrariedades que amenazan, como si el pastor divino pudiera abandonar sus ovejas á los dientes del lobo; y para combatir este desaliento el P. Coll describía, casi con poético entusiasmo, el valor y energía de los primitivos fieles al sonar la hora de la persecución, cómo se buscaban para comunicarse las noticias de la tremenda lucha que les esperaba, cómo se abrazaban y se felicitaban recíprocamente por haber sido escogidos para padecer por Jesucristo. Creían que su suerte era más digna de envidia que de lástima, y no pensaban tanto en el daño pasajero que les causarían los perseguidores, como en la corona inmortal galardón de los perseguidos. Y si las graves perturbaciones que aquejan á las sociedades son un castigo providencial, una amonestación del cielo para que vuelvan al buen camino de que se apartaron, falta de caridad arguye siempre el atribuirlo todo á los pecados ajenos, y escusarse cada uno á sí mismo como si fuera uno de los diez justos que exigía Dios para eximir á Sódoma de su terrible destino. La humildad es una virtud imprescindible en el cristiano, y el que esta virtud posee nunca se reconoce sin culpa: desea ardientemente el progreso moral por la enmienda de las sociedades, pero bien claro comprende que por sí mismo es por donde ha de empezar la reforma.

Esta noche tendrá lugar la sexta conferencia de D. Tomas Aguiló sobre *la reciproca influencia de la religion y la literatura*.

ENSAYOS POLITICOS DEL SR. CUADRADO.

En la próxima semana se repartirá la 9ª entrega de dicha publicación correspondiente al mes de noviembre.

PALMA.—Imprenta de Guasp.